

**Comentario al trabajo “Trauma y resiliencia durante la guerra. Una mirada sobre los niños y los trabajadores de ayuda humanitaria en Bosnia”, de Jay H. Berk**

*Delia Torres, Inés R. de Vidal*

**INTRODUCCION - ¿POR QUE EL MAL?**

Nos proponemos en este comentario abrir un diálogo entre marcos teóricos diferentes pero unidos en su propósito: ayudar y ayudarnos a enfrentar el dolor social, buscar respuestas –uniendo esfuerzos desde los diferentes campos– para sostener nuestra capacidad de pensar y otorgar sentidos, defensa primera de la condición humana frente a la destructividad. La ininteligibilidad esencial del Mal en sus formas extremas no nos exime de tratar de cercarlo en su horror.

La guerra en Bosnia es la confirmación, tantas veces reiterada a lo largo de la historia, de cómo las organizaciones humanas pueden transformarse en instrumentos privilegiados del Mal. Lo imposible de creer se nos impone como real: los hombres pueden desplegar las formas más inhumanas e irracionales de crueldad, bajo el efecto de fuerzas grupales que en otras circunstancias sociales son capaces, por el contrario, de germinar en solidaridad y vida.

El relato de Berk describe, a nivel conductista, la intervención de UNICEF en los Balcanes durante las situaciones traumáticas agudas y en los momentos posteriores.

Sostiene, y ésta es su tesis central, que es factible encontrar abordajes terapéuticos para fortalecer y aún crear modos de defensa psíquicos capaces de resistir los efectos devastadores de la violencia.

Desde el encuadre dado por la noción de resiliencia describe las tareas realizadas por UNICEF con fines que considera no sólo de alcance reparatorio sino también prospectivo, en el sentido de

crear recursos psíquicos para poder enfrentar futuras situaciones traumáticas.

El comentario a este trabajo nos llevó a un recorrido conceptual que pensamos puede articularse y complementar el abordaje descriptivo de Berk. Incluiremos algunas reflexiones acerca de:

I - la ontología del “Mal”- El “Mal” sólo “es”.

II- la función identificatoria estructurante del imaginario social, y

III- resiliencia y psicoanálisis.

### **I. ONTOLOGIA DEL MAL - EL “MAL” SOLO “ES”**

El conflicto en los Balcanes fue un enfrentamiento entre grupos étnicos que se constituyó en un centro de terror, marginado dentro de una Europa en ese momento pacífica.

En las guerras siempre se cometen acciones que transgreden la sola defensa de los ideales y de los territorios. Las leyes que intentan delimitar los objetivos y las armas de uso posible han sido sistemáticamente violadas.

Lo ocurrido en Bosnia desafía todo intento de desciframiento. Entraña una capacidad de destrucción y crueldad de una ininteligibilidad esencial, más propia del mundo pulsional, de un más allá del orden de las significaciones. Designamos como el “Mal” a estas formas de violencia social radical.

En la trama de estos hechos se entretajan múltiples hilos: institucionales, grupales, familiares y singulares. No pueden ser abordados desde un solo vértice, requieren de una mirada interdisciplinaria que intente cercar los múltiples atravesamientos –sociales, económicos, políticos, históricos, psicológicos– que los determinan. El deseo de poner en juego la especificidad de nuestra comprensión psicoanalítica no puede caer en reduccionismos. Interesa, por el contrario, resaltar la complejidad del problema, tanto en sus causas como en su naturaleza.

La clínica psicoanalítica ha estudiado las expresiones singulares de la destructividad dentro del marco de los destinos pulsionales: desde el masoquismo primario y las perversiones hasta la reacción terapéutica negativa. En todas ellas, y en la medida que acceden a nuestra consulta, alguna forma de ligadura libidinal y de significación histórica está presente.

Como determinaciones intrapsíquicas el psicoanálisis brinda dos referencias centrales, ambas vinculadas a la teoría del narcisismo destructivo: la dinámica del poder y la intolerancia a las diferencias –desde la búsqueda de control hasta el nivel de la aniquilación física o la transformación del otro en un mero objeto.

Pero si intentamos abordar la destructividad a nivel de sus expresiones sociales extremas, veremos aquí coexistir estas fuerzas intrapsíquicas con otro orden de determinaciones. El reconocimiento de la estructura social como fuente de subjetivación dejó abiertos nuevos caminos para la inteligibilidad de la destructividad humana. Vemos como los determinantes intrapsíquicos coexisten con procesos de otro orden, surgidos de dinámicas propias a la pertenencia social, las que por sí mismas, son creadoras y “legitimadoras” de la violencia.

El ser humano recibe, en el acto de ser atravesado por la trama social, uno de sus pilares constitutivos: un sentido social compartido que es fuerza estructurante de la subjetividad. Pero, este acto que lo constituye como parte del conjunto, y por efecto de esta misma inclusión, lo despoja de singularidad<sup>1</sup> e impone un resto pulsional fuente definitiva de malestar en la cultura.

La construcción de toda organización social muestra dos movimientos contrapuestos en torno a la agresión: su legitimidad reposa en ser garante de un orden que la coarta, pero a la vez conlleva en el interior de su propio sistema, y a través de las normas que la constituyen como tal, el germen de esta misma violencia. La creación de un “ser colectivo”, de un “nosotros”, impone un precio en víctimas –“los otros, los marginados”, depositarios de aquí en adelante de lo indeseado a ser eliminado. La externalización es un elemento crucial en la secuencia de las persecuciones.

El borramiento del otro como ser humano, la deshumanización de los lazos sociales, es la ideología más mortífera que la humanidad haya concebido.

Hannah Arendt postula “el Mal radical, absoluto”, del cual sólo los hombres serían capaces, como una manera histórica, políticamente cristalizada, de reducir a los otros a la condición de superfluos, reemplazables o innecesarios. Algunos, o a la larga todos, serían eliminables.

---

<sup>1</sup> Puget, J.: “Violencia Social: un enfoque psicoanalítico”. En *Newsletter*, I.P.A., 1999.

El ataque a la capacidad de pensar, se constituye en una de sus marcas esenciales. Por medio del terror destruye al pensamiento, la cualidad humana por excelencia, en un accionar silencioso, generalmente inadvertido.<sup>2</sup> Concibe al mundo totalitario como un mundo de masificación, de desarraigo del hombre de su condición de pensante, lo que prefigura la aniquilación de la vida.

El mal no tendría para esta autora ni profundidad ni dimensión demoníaca. Desafía al pensamiento porque el pensamiento sí trata de alcanzar la profundidad, de llegar a las raíces, y cuando se ocupa del mal se siente frustrado, porque no encuentra nada. De allí su “banalidad”, su falta de sentido, solamente el bien posee profundidad.

Dentro del psicoanálisis encontramos en las ideas de André Green importantes coincidencias con las expuestas por Arendt, aunque con claras divergencias en las respectivas consideraciones sobre las causas de origen.

Presenta Green una descripción del Mal sustentada en dos rasgos esenciales: la deshumanización de los vínculos y el ataque al pensamiento.

La ausencia de sentido es también para este autor una nota definitiva. No es ejercido para obtener placer, sólo en pos del alivio de una tensión que busca descarga. No es generado por un deseo, se consume con indiferencia. Es insensible al dolor del otro que ha perdido su condición de semejante; la desobjetalización lleva a la deshumanización. No se acompaña de fantasías, sólo procura la aniquilación.

Las conductas más destructivas son sentidas e idealizadas como purificadoras porque parten de la certeza que, a través de ellas, se asegura el triunfo definitivo del “bien”. Conllevan exigencias del orden del “conmigo o contra mí”.

La destrucción, desligada de toda libido, se torna insensata. El psicoanálisis se ve aquí superado en su búsqueda de inteligibilidad. El mal no se interroga a sí mismo, “el mal es sin por qué” parafrasea Green. Arendt diría: “Escapa a toda comprensión, sólo es”.

Entre nosotros I. Berenstein, en sus estudios sobre la violencia, caracteriza al mal poniendo el acento en la deshumanización del vínculo: “el despojo y la destitución del carácter humano de

---

<sup>2</sup> Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*.

un otro considerado ajeno por medio de procedimientos humanos de deshumanización, como pueden ser la tortura, el maltrato y el exterminio llevado hasta la aniquilación del otro sujeto, con abolición de todo tipo de identificación con quien se llama la víctima".<sup>3</sup>

Esta dimensión de destrucción y muerte siempre presente a lo largo de la historia universal, entra en pugna y articulación con aquellas otras fuerzas de cohesión que pasamos ahora a describir y que son la fuente de movimientos de solidaridad y creatividad aún bajo las condiciones sociales más terribles.

## II. EL IMAGINARIO SOCIAL- SUS FUNCIONES ESTRUCTURANTES Y REPARATORIAS

Berk destaca las consecuencias en la vida psíquica de la pérdida de un orden social preestablecido y predecible, que regula desde la seguridad física hasta los principios morales. Con la guerra quedaron destruidas en Bosnia las reglas que organizaban la vida cotidiana. Lo familiar se convirtió en siniestro. La limpieza étnica transformó los otrora seres queridos en enemigos.

En condiciones de paz la estructura social, con sus leyes, cumple la función de un marco que encuadra y sostiene silenciosamente nuestras vidas, permitiendo que en su interior se desplieguen y resuelvan los conflictos y proyectos de cada ser humano.

C. Castoriadis estudia el efecto de sus crisis sobre los procesos identificatorios, entendiendo por tales la creación de un sí-mismo individual y social.

Al debilitarse o perderse los referentes identificatorios particulares, sostenidos en condiciones habituales por las entidades mediadoras: familia, habitat, lugar de trabajo, etc., no encuentran las subjetividades ningún respaldo en una totalidad de "significaciones imaginarias sociales" que se haga cargo de ese vacío.<sup>4</sup>

<sup>3</sup> Berenstein, I.: "Notas sobre la violencia". En *Psicoanálisis*, Rev. de A.P.deB.A., vol. XXII, n°2, pág. 261.

<sup>4</sup> Castoriadis sostiene que toda sociedad crea, en condiciones naturales, un magma de significaciones que le son propias y que la mantienen unida como tal a través de la investidura de sí misma y de las leyes que la sostienen.

Esta trama de significaciones imaginarias instituye las representaciones, finalidades y

Las conmociones sociales desestabilizan estos significantes imaginarios en su función de referentes identificatorios, desdibuja la “autorrepresentación de la sociedad como morada de sentido y de valor, inserta ella misma en una historia pasada y futura, dotada a su vez de sentido”. Se quiebra su función última y esencial para el individuo social, la de defensa frente a lo impensable de la muerte.<sup>5</sup>

A partir de estas ideas de Castoriadis, Piera Aulagnier desarrolló la noción de “contrato narcisista”<sup>6</sup> a los efectos de pensar la articulación sujeto-sociedad, y que aquí puede guiarnos para la comprensión de lo acaecido en Bosnia.

La ruptura del contrato narcisista tiene efectos directos sobre el destino psíquico de niños y adultos. Irrumpe un presente traumático que provoca la ruptura de continuidad con el pasado y la imposibilidad de construir un sentido de futuro. Se instala la parálisis de la desesperanza y el vacío de representaciones que bloquean la construcción de proyectos. Surge el terror y la desmentalización o, aún sin alcanzar estos niveles de ataque al pensamiento, la conmoción de los referentes externos inexorablemente dejará un margen de angustia flotante. Se han dislocado los pilares constitutivos del sí-mismo social. Sus efectos específicos no pueden ser comprendidos en la referencia exclusiva a las otras dimensiones constitutivas de la subjetividad, pulsionales y/o familiares. Ambas dos no son condiciones suficientes o necesarias para dar cuenta de las crisis identificatorias ligadas a derrumbes de la organización social.

La clínica de lo traumático en relación con estos hechos sociales modifica, “desorganiza”, nuestra práctica clínica habi-

---

afectos que definen la estructura propia de cada colectividad y que la erigen como un centro de investiduras, de amor a sí misma como esta sociedad concreta, con las leyes que la constituyen como tal. Es a partir de esa representación o discurso que se construye en cada individuo un sí-mismo social, que es también siempre el pilar último de la identificación a un nosotros.

<sup>5</sup> Castoriadis, C.: “La crisis del proceso identificatorio” en *El avance de la insignificancia*, cap. VIII, pág. 155-172, Eudeba, 1997.

<sup>6</sup> Piera Aulagnier sostiene que el discurso social proyecta sobre el niño una anticipación constitutiva que le otorga un lugar en el espacio social, con la expectativa de que ese sujeto transmita el modelo socio-cultural en forma idéntica, independientemente del designado por sus padres. Como contrapartida, el niño demandará de la sociedad que le asegure el derecho a ocupar un lugar en el grupo.

tual. Sus manifestaciones podrían ser leídas como el resultado de la fractura de un ideal narcisístico, prolongación del Yo-ideal, vehiculizador de expectativas infantiles de orden y protección depositadas en la sociedad como prolongación de las figuras parentales. Pero subrayamos aquí la no prescindencia de un otro nivel de lectura, no excluyente del anterior, que destaca las funciones estructurante y reparadora del imaginario social en sí mismo.

Requerimos para estos casos de una metapsicología que dé cuenta de los fenómenos de imposición, parasitación de la mente desde la realidad, de algo actual, ajeno a la historia individual. Si otorgamos a la realidad social un estatuto psicoanalítico, surge un modelo de intervención clínica frente a la emergencia traumática que pondrá cuidado en el sostén del principio de realidad y en la reconstrucción de la trama asociativa, con el fin de poder incluir y dar significado al hecho nuevo. El trabajo interpretativo exclusivo sobre el orden transferencial y/o la recuperación de lo infantil reprimido no darían cuenta de la "emergencia de lo inédito". El impacto en el Yo de lo traumático, la experiencia de una realidad externa devenida interna e irrepresentable, problematiza a una técnica que se sustenta exclusivamente en la omnipresencia del deseo y del inconsciente.

Este planteo no sostiene finalidades adaptativas, sí podríamos decir preventivas: incluir la realidad tiende a fortalecer una trama de representaciones capaz de contener en el futuro la metabolización singular que cada individuo pueda llegar a realizar de sus circunstancias históricas.

Términos como el de identificación radioactiva concebido por Y. Gampel, ponen de manifiesto la magnitud de los efectos del atravesamiento subjetivo.

La cualidad siniestra y devastadora de la mente de estas situaciones de desorganización del imaginario social preexistente se genera frente a la transformación de lo previamente protector en violento. El nuevo contexto social deniega las claves interpersonales por las cuales la víctima podría reconocer el comportamiento destructivo como tal.

A menudo los sobrevivientes de experiencias extremas, como las sufridas en Bosnia, quedan incapacitados para confiar sus recuerdos traumáticos volcándolos a un colectivo social, que

podría dotarlos entonces de una dimensión histórica y simbólica.<sup>7</sup>

En estos sujetos el proceso de simbolización queda detenido. No pueden integrar su identidad, siempre queda un elemento que no es ni real ni imaginario en sus vidas. Han atravesado experiencias que no pueden ser asimiladas a nada conocido previamente, padecido una “increíble realidad”. No alcanzan a creer las situaciones vistas por sus propios ojos, no pueden distinguir entre una realidad no real a la que han sobrevivido y aquellos temores nacidos de su propia imaginación. Son habitados por experiencias que no pueden llegar a ser representadas. Hay en su vida psíquica un nivel de daño irreparable, formas patológicas de regresión narcisística más allá de la investidura de representaciones. En lugar de huella hay desgarradura del tejido psíquico. Todo reinvestimento retrotrae al dolor de ese núcleo traumático, en la que las representaciones de lo social quedan sustituidas por un área de desolación.

Otra dimensión específica a considerar en estas situaciones de conmoción social es el hecho de que ambos, terapeutas y pacientes, han sido atravesados y luchan por superar una misma realidad exterior traumática que ha trastocado el orden preexistente.<sup>8</sup>

Es interesante ver cómo Berk también se detiene en este punto: estudia la superposición y similitud de problemáticas en los niños, en sus familias y en los trabajadores de ayuda humanitaria llegados allí para socorrerlos y describe la incidencia de este hecho sobre la tarea.

### III. PSICOANÁLISIS Y RESILIENCIA

Berk recurre a la noción de resiliencia como enfoque unificador para categorizar las acciones desarrolladas en Bosnia.

Este es un concepto relativamente nuevo en salud pública pero cuyo uso es cada vez más extenso en proyectos comunitarios. Es necesario su conocimiento para poder sostener, como psicoanalistas, un diálogo y participación fructíferos en este campo.

---

<sup>7</sup> Gampel, Y.: “Children’s future in a troubled world. Banished from childhood”. Conferencia. Nueva York, 2000.

<sup>8</sup> Wender, L.; Puget J.: “Mundos Superpuestos”. En *Psicoanálisis*, Rev. de A.P.deB.A., Vol. IV, n°3. 1982, págs. 503-522.



El término resiliencia significa originariamente resistencia a la deformación en los cuerpos físicos, elasticidad. En relación a la vida psíquica, evoca la capacidad de sobrellevar activamente el sufrimiento emocional y el trabajo necesario, bajo situaciones traumáticas, para mantener una homeostasis psíquica: "la capacidad del ser humano para hacer frente a las adversidades de la vida, superarlas y ser transformado positivamente por ellas" (M. Munist, 1998). Se trata, para estas investigaciones, de delimitar cuáles serían factores protectores para el individuo frente a circunstancias ambientales adversas, tratando de estimularlos o, en su ausencia, de crearlos.

Considerada primero como una condición individual, genética, superó luego este punto de vista limitado volcándose hacia el enfoque actual que abarca al niño en su "ecología" vital: familia, comunidad, cultura. También se ha incluido, más allá de la consideración de cada caso aislado, su estudio como atributo de una comunidad o un grupo. Pero, es en relación con la infancia, centro estratégico de la acción de las políticas de salud, donde encontraría su referente esencial.

Desde diferentes disciplinas –medicina, sociología, psicopedagogía, salud mental incluyendo al psicoanálisis, etc.–, se está trabajando en la elaboración teórica y en la aplicación de este concepto. Sus presupuestos teóricos básicos son:

- una visión contextualista e integradora de los individuos en interacción con su medio, con el énfasis puesto en la relación entre el niño y sus figuras significativas,
- un enfoque dinámico del desarrollo visto como un proceso activo y continuo a lo largo de toda la vida,
- el estudio de la singularidad de cada individuo en relación con el uso de mecanismos "protectores" de su bienestar, y
- la adjetivación, cualificación, de los procesos del desarrollo infantil en términos de capacidades vitales.

No son éstos conceptos nuevos para el psicoanálisis. No sólo acordaríamos con ellos sino que también reclamaríamos derechos de autor. Desde el cognitivismo o las neurociencias surgen confirmaciones de descubrimientos psicoanalíticos ya antiguos sobre la unidad interactiva mente-cuerpo-cultura. Los mecanismos descritos como pilares de la resiliencia se correlacionan muy directamente con lo que, desde el psicoanálisis, conceptualizamos como dimensiones estructurantes del narcisismo en rela-

ción con las funciones del Yo y el sistema de los ideales.

Lo innovador está en la utilización de estos conceptos: son empleados como marco teórico para desarrollar acciones comunitarias de prevención primaria en salud mental enfocadas no en la patología o en las carencias, sino en el fortalecimiento de las capacidades y conductas vitales frente a factores de riesgo, los llamados mecanismos “protectores”, referidos tanto a procesos intrapsíquicos como intersubjetivos. Se trata de sistematizar estos conocimientos sobre estructuración y crecimiento de la vida mental para utilizarlos, en poblaciones en riesgo, en acciones de prevención primaria a través del apuntalamiento de funciones y oicas.

La evaluación de estas acciones, desde el punto de vista psicoanalítico, resulta compleja. Su valor reside en la posibilidad de nuclear la investigación de estrategias de promoción del potencial humano a partir del trabajo comunitario. Supera un modelo previo, de riesgo centrado en la enfermedad, al que sustituye por otro de promoción y prevención basado en las potencialidades del ser humano, en los recursos del sí mismo y del grupo. Enfatiza dimensiones de la subjetividad tales como confianza, creatividad y humor antes ausentes en las definiciones de “salud”.

Pero no pueden omitirse las objeciones que, desde el psicoanálisis, surgen frente a los evidentes puntos débiles o inacabados de este concepto.

Los estudios epidemiológicos integran expectativas de mensurabilidad de los fenómenos psíquicos difíciles de concebir desde el psicoanálisis: salud, felicidad, adaptación positiva, clasificación de los signos en positivos y negativos, o metas a alcanzar en cada etapa del desarrollo. Mensurabilidad que implica además cualificaciones fácilmente impregnables de ideología.

El concepto de elasticidad que le sirve de base es más acorde a la descripción de un cuerpo físico o al pensamiento médico que a un modelo psicoanalítico de la vida psíquica. Evocaría un retorno *ad integrum*, un antes y un después idénticos en los que el hecho traumático quedaría superado sin marca psíquica, un retorno pleno a un estado de “normalidad” anterior. Así planteado resulta una aspiración facilista, casi ingenua, acerca de los modos de funcionamiento de la vida psíquica.

La dificultad de acordar desde el psicoanálisis se hace patente frente a la consideración de los múltiples factores causales y de los complejos procesos psíquicos que entran en juego en la elaboración psíquica. No incluye dimensiones esenciales en psicoanálisis referidas, más allá de lo económico, a niveles de representación o de elaboración y reconstrucción de la trama psíquica, que dan cuenta de un complejo proceso mental que conduce a una situación final necesariamente inédita e inexorablemente marcada por la presencia de un resto inabordable.

Pero, una vez señalados estos interrogantes y diferencias a dilucidar, cabe preguntarnos como psicoanalistas si el concepto de resiliencia no implica el desafío de incluirnos en investigaciones interdisciplinarias sobre acciones de prevención, en las que participaríamos, si no en el diseño de las metodologías de ejecución, sí en la definición de los ejes teóricos de referencia.

Al develamiento del inconsciente, centro del trabajo analítico, se articularía aquí la especial investigación psicoanalítica del Yo instancia –en sus aspectos conscientes e inconscientes: cómo “proteger y estimular” los recursos yoicos necesarios para la contención y ligadura de la angustia traumática, la capacidad de construir representaciones o la ruptura de las temporalidades circulares que constituyen el eje de las repeticiones.

Berk toma en consideración las múltiples variables que entran en juego en la conflictiva de cada caso singular: en su descripción surgen referencias a elementos individuales y familiares, de la cultura, del grupo y de la sociedad en su conjunto. Todos ellos, interactuando entre sí, configuran el destino singular de cada víctima, signado, consideramos nosotros, de aquí en adelante por la lucha, siempre renovada, contra restos de angustia inabordable.

En este punto nos planteamos una diferencia conceptual básica con las conclusiones de Berk. Pensamos que el mal, en sus formas radicales, no es inteligible ni integrable a la vida psíquica, no podríamos aspirar a los alcances terapéuticos que él afirma buscar, no por lo menos en esa medida: ... “los niños necesitaban un lugar en el que poder hablar de sus experiencias para encontrarles un sentido... todo esto era el principio de una integración de hechos traumáticos y de ayuda a mecanismos de adaptación... creando un lugar para las nuevas ideas engendradas por sus experiencias”.

Sí consideramos posible que el compartir lo vivido dentro de

una elaboración grupal los ayude a sentirse pertenecientes a un imaginario colectivo, el de aquellos que han atravesado la experiencia del sin sentido, y construir en conjunto alguna forma de historización. El trabajo grupal sería una forma, quizá privilegiada frente a catástrofes sociales, de construir modos de recordar que frenen las repeticiones traumáticas. Siguiendo ideas planteadas por J. Puget, se trataría de superar un nivel de “memoria social traumática”, pura denuncia sin trabajo elaborativo, para intentar forjar en conjunto una “memoria activa” capaz de generar nuevas significaciones.<sup>9</sup>

Desgraciadamente algunas víctimas no pueden integrar siquiera este nivel de ayuda. Es frecuente el hallazgo de “duelos” transgeneracionales. Se ha producido un quiebre de identidad con huellas definitivas.

#### IV. CONSIDERACIONES FINALES

La historia nos enfrenta con la visión desoladora de secuencias ininterrumpidas de desamparo y tiranía.

Las reflexiones previas tuvieron como trasfondo las imágenes de la guerra en los Balcanes, pero igualmente traducen, en diferentes grados, lo acaecido en innumerables situaciones pasadas y presentes, en las que la violencia se erige como un fin en sí misma, logrando formas de institucionalización del terror y de lo arbitrario, de erradicación del pensamiento libre, de “Obediencia Debida”.

Inmersos en la crisis social que atraviesa la Argentina, nos reconocemos en las imágenes de un cuerpo social en desestructuración, convertido en fuente de un flujo migratorio que en muchos casos implica la pérdida del estatuto de ciudadano para caer en el no-lugar del indocumentado, lejos del país, empujados por la disolución de una nación en que tantos quedan privados de los derechos elementales a la salud, el alimento y la seguridad.

¿Qué podemos ofrecer desde nuestra función como psicoanalistas más allá de las expresiones personales de confianza en la

---

<sup>9</sup> Puget, J.: “Traumatismo Social”. En *Psicoanálisis*, Rev. de A.P.deB.A. vol. XX, n°2, 2000, pág. 476.

potencialidad de todo grupo humano de alcanzar soluciones solidarias?

Pensamos que el desafío a enfrentar desde nuestra profesión es poner a prueba la fertilidad del pensamiento psicoanalítico en su aplicación a investigaciones transdisciplinarias de las dinámicas psíquicas propias a los vínculos sociales.

¿Será posible una vez logrado este conocimiento, y aquí surgiría un nexo con la resiliencia, promover aquellas formas de organización social en las que el respeto por la singularidad de cada ser humano encuentre su expresión dentro de vínculos de solidaridad?

*Delia Torres*

Julián Alvarez 1049

C1414 DRU, Capital Federal

Argentina

*Inés R. de Vidal*

Jorge Newbery 2943

C1426 CYC, Capital Federal

Argentina